



❖ boletín informativo ❖

ASOCIACIÓN CULTURAL «AMIGOS DE MACOTERA»

Número 190

Ejemplar gratuito

Abril 2021

LAS TRADICIONES, SOPORTE DE LA CONVIVENCIA



Hace unos días, me decía una macotera: "No hay que perder las tradiciones, que son la esencia de nuestra existencia". Le comenté que muchas tradiciones se han perdido; otras, se han desvirtuado un poco, y que la única, que se conserva con todo su hervor, es la de san Roque; en cambio, todas han dejado su impronta en

nuestra idiosincrasia. Popular.

Recuerdo que, en una croniquilla escrita a colación del carnaval, comentaba que los tiempos de los cascos y de la técnica moderna han roturado las lindes que parcelaban la cuaresma y el carnaval. Todo ha permutado el ritmo de la vida, de las diversiones, de los vicios y de las virtudes. Con la cuaresma, hoy, no se interrumpe nada; pero, a pesar de todo, bien está que, en estos días, echemos la vista atrás y evoquemos a aquellos tiempos de recogimiento, de "misereres", de tinieblas, de padres cuaresmeros, de matracas, del "vía Crucis", los viernes.

El miércoles de ceniza acababa con todo: con el baile, con el cine, con las bodas, con las rondas, con la carne los viernes..., y nos adentraba en el ayuno de todo y en la abstinencia de bastante. La juventud se divertía jugando a la sogá en la era o con los paseos interminables por la carretera o por el Cristo, hasta el toque de "ave maría". Desde ese instante, el personal todo se congregaba en sus casas, cenaba un cacho y, de inmediato, acudía a la iglesia a escuchar la doctrina y, después, el sermón del padre cuaresmero. Nadie se resistía al toque de campana. Todo el mundo se hacinaba en el templo parroquial la noche del domingo. El padre cuaresmero era una entidad imprescindible en cuaresma. Llegaba al pueblo el miércoles de ceniza, y salían a recibirlo a la serrana el señor cura y el sacristán. Permanecía en el pueblo toda la cuaresma. Distribuía muy bien los tiempos: cada semana la dedicaba a la preparación espiritual de los distintos grupos de la comunidad: una, reunía a las madres; en otra, a los hombres; a los jóvenes, a los niños. Todo colectivo tenía asignado su tiempo de preparación pascual; pero, de siempre, el plato fuerte se degustaba el domingo con el sermón después de cenar. El primer domingo de cuaresma, el alcalde y el síndico iban a buscar al padre cuaresmero a casa del cura o donde se hospede-

dase. Le acompañaban hasta la iglesia, y lo dejaban ante el altar mayor, y él se dirigía a la sacristía a colocarse el roquete para el acto cuaresmal. Una vez concluida su plática, los ediles pasaban a recogerlo de nuevo, realizaba sus rezos ante el altar y lo cortejaban hasta su casa de estancia.

Ya, en Semana Santa, los sermones de mayor audiencia y solemnidad fueron el del "perdón" del domingo de Ramos en la ermita; el de la "pasión", del viernes santo por la mañana; el de la "soledad", el Viernes Santo por la tarde, antes del santo Entierro; y el de "acción de gracias", el domingo de Pascua.

No existía imagen de Jesús Resucitado y, en su lugar, salía un Niño Jesús. Se le colocaba, entre las manos, una rosca de cinco ojos. Los chavales íbamos atentos, tocando unas esquilas o cascabeles, y no perdíamos ojo a las andas, esperando el momento en que la rosca, con el movimiento, se rompiera y se pudiese atrapar un cacho del desafiante manjar.

No menos interés despertaba la mañana del sábado santo. Mientras tocaban las campanas a gloria, salía todo el mundo a la calle a recoger chinias, que se guardaban, como oro en paño en un tarro, a la espera de que apareciera la tormenta, para arrojarlas al tejado y así librarnos del rayo. No terminaba aquí la jornada, de seguido, acudíamos a la iglesia con un puchero o jarra de cristal a buscar agua bendita; con ella, se rociaban paredes, muebles y enseres para espantar los demonios, agazapados en algún rincón.

¿Quién pagaba al padre cuaresmero por su labor?

Después de Pascua, el Ayuntamiento, los curas y el padre recorrían todas las casas del pueblo. Había gente que daba un donativo en metálico; otros, en especies. Estos últimos eran, normalmente, los labradores. Apuntaban un cuartilla o media fanega de trigo o unos kilos de legumbres..., y, después, en septiembre, después de la recolección, volvía el cuaresmero a recoger su cosecha. Salía el cortejo de nuevo, junto con los monaguillos, con un burro y unos costales, e iba envasando la oferta que cada cual había prometido. Hecha la colecta, un vehículo del pueblo se encargaba de trasladar la mercancía hasta el convento de procedencia del padre.

Son costumbres, que han ido desapareciendo de nuestro acervo cultural, pero que vuelven, casi sin querer, cuando se aproximan estos días.

SEGÚN LO VIVÍ, LO CUENTO

Estas tardes de nieve y pandemia, en casa al calor de la calefacción, sentada a la mesa camilla, me vino a la memoria el recuerdo de muchas vivencias de hace años. En los días cercanos a los Reyes, abriendo el facebook, vi un comentario en “Macoteranos por el mundo” de una chica, (bueno hoy ya madre), que comentaba que le recordaba su madre que, cuando ella era pequeña, los Reyes del pueblo repartían por las casas los regalos que los niños habían pedido. A mí también me lo recordaba una compañera. Me comentaba si esa iniciativa no se podía repetir. Aquella experiencia se llevó a cabo durante dos o tres años, a principios de los 80. Quizás hoy sea más difícil, porque, actualmente, los peques reciben un mogollón de regalos. En aquellos tiempos, la cosa era muy diferente, se les echaba un regalo o lo más dos. Solía ser un balón, un parchís, una muñeca, un tres en raya, un libro, y poco más. También el Teleclub solía hacerles un pequeño presente en colaboración con alguna entidad.

La organización de aquella cabalgata se planificaba en el Teleclub pasando el día de Navidad. Un grupo de chicos y chicas se encargaba de poner en marcha la iniciativa. Se distribuía el trabajo y se empleaban varios días en organizar y preparar el más mínimo detalle. Unos se encargaban de preparar la carroza, mientras otras nos poníamos en contacto con los padres, para ver la forma de organizar lo de los regalos de sus hijos. Los padres bien nos hacían llegar el regalo de cada hijo, con su nombre y dirección, o bien nos pasábamos nosotras a recogerlo. Algunas teníamos en casa una habitación llena de cajas. Con ellos, elaborábamos una lista, ordenada por zonas y calles, por donde iban a pasar las carrozas. Y el día 5 de enero, por la mañana, los jóvenes pasaban con algún coche a recoger los regalos

para colocarlos en los remolques decorados. Se procuraba pasar por el mayor número de calles, y, en el caso de que no fuese posible, se quedaba con los padres donde el niño podía recibirlo.

Durante la marcha, disfrutábamos, de lo lindo, con la ilusión de los pequeños. Guardo en la memoria la cara de alegría de Alejandro al ver su bicicleta, y la cara de pena de Conchi, porque su regalo era muy pequeño (unos pendientes y anillo de charro), que yo llevaba en el bolsillo para dárselo en su momento a los Reyes. No tuvimos ningún problema.

Este año ha sido más complicado, pero no ha sido distinta la cara de sorpresa, que se les quedó a los niños al ver los reyes en la puerta de casa. No han recibido regalos de sus Majestades, sino chuches y un libro, posiblemente, el cuento más bonito de su vida. Pienso que estos pequeños detalles provocaron en los niños más ilusión, que los muchos regalos que recibieron la mañana siguiente al levantarse. Los padres parecían profesionales de la fotografía, pues no se cansaban de tirar fotos.

Este año, por el bicho, los Reyes han sido un tanto descafeinados, pero muy entrañables. Esperamos que el próximo año las cosas sean distintas. Terminó este pequeño comentario con mi gratitud al Ayuntamiento, la AMPA, la Asociación de Mujeres siglo XXI, al taller de confección y a la Escuela de Música y a todos los colaboradores, que han hecho posible que nuestros niños y mayores hayan recibido un trozo de ilusión.

Este momento de sueño infantil no se puede acabar. No podemos defraudar a nuestros peques. Para ello, es precisa la colaboración de todos.

FBB

boletín informativo

ASOCIACIÓN CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA

Equipo coordinador

Eutimio Cuesta Hernández

Diego Losada Cosmes

Fernando Cuesta Martín

Ramón Zaballos Bueno

Juan Manuel González Hernández

Ángel Blázquez Taboada

José Luis Rivero del Campo

Juan Bautista Blázquez

Cristóbal Martín Bueno

M^a Teresa Nieto Bueno



Cuentas corrientes

UNICAJA

ES06 2103 2212 66 0030001166

Cooperativa Macotera “Sección de crédito”:

5589

**Para los interesados,
la cuota anual es de 8 euros.**

Depósito Legal: S.192 - 1987

Impresión:

NUEVA GRAFICESA S.L.
Avenida de la Aldehuela, 80
37003 Salamanca

Dirección de la Asociación:

**Boletín Informativo
ASOCIACIÓN CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA**

**C/ Gardenia, 1, 3º D
37003 - SALAMANCA**

Teléf. 923 25 20 12

timicuesta@yahoo.es

CARTA DE UNA AUXILIAR DE GERIATRÍA



Pensábamos que aquí no llegaría y nos cogió por sorpresa.

El 15 de marzo de 2020, nuestra rutina cambió para siempre. Si para una persona cualquiera resultó muy complicado, para nosotras, las gerocultoras, lo fue aún más.

De repente, la incertidumbre, la desinformación, el miedo... Nos levantábamos cada día sabiendo que el trabajo implicaba un riesgo añadido y mucha

responsabilidad.

Llegar cada día al trabajo sin saber qué te espera. El caos de los primeros días, sin saber qué hacer. Las caras de preocupación donde quiera que mirases, estrés y muchos muchos nervios.

Protocolos diferentes. Blindárbanos sin saber hasta cuándo. Desear que pasasen los días sin síntomas, que todos estén perfectos.

Al ir avanzando las semanas, adquirimos rutinas que nos tranquilizan: un poco de normalidad dentro del caos. Vemos el deterioro físico y cognitivo de los residentes: su tristeza, ¡cómo echan de menos a su familia: sus besos y abrazos. La imposibilidad de explicarles a muchos lo que, realmente, sucede. Intentar tranquilizarlos. Sospechas de COVID; se activan los protocolos, EPIS, incomodidad, miedo.

Valientes...

¿Y si es posible? ¿Y si me contagio? ¿Y si contagio a otras personas? ¿A mi familia?

¡Negativo! Respiramos aliviadas.

Vuelta a casa con la sensación de haber vivido un día extraño en el trabajo, pero sabiendo que lo hemos hecho lo mejor que hemos podido, y hay que comenzar de nuevo.

Resistiendo.

Hoy un año, después la esperanza la ponemos en la vacuna.

Primera dosis: 14/01/2021

Segunda dosis: 04/02/2021

NOTICIAS DE MACOTERA



“Ana Fernández Izquierdo ha sido nombrada Magistrada de refuerzo en el Juzgado de Familia de Salamanca. Tomó posesión de su cargo ante la Sala de Gobierno del Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León”.

Esta noticia despierta nuestro interés, porque Ana es de procedencia macoterana. Pedro Izquierdo Hernández, su abuelo materno, es hijo de Antonio Izquierdo Aceto y Alfonsa Hernández, hermano de Sebastián, Chechu y Carlos. Pedro emigró y se asentó en Valladolid, donde contrajo matrimonio con M^a Carmen Ruiz. Su hija M^a Carmen Izquierdo Ruiz se casó con Mariano Fernández Nicolás, y fruto de esta unión nació Ana Fernández Izquierdo., La Magistrada

Carlos Nieto Sánchez, Juez de Paz de la localidad, dejó su bastón por motivos laborales, y tomó su relevo la Juez sustituta M^a Teresa Nieto Bueno, hasta que se cumplimentan los trámites precisos para el nombramiento del nuevo/a juez..



Por fin, apareció el agraciado/a de la cesta de diciembre. Según nos cuentan, esa persona la ha donado en beneficio de las personas más necesitadas, y don Fernando la ha hecho llegar al Comedor de los Pobres. Bonito gesto de solidaridad.



Foto histórica. Recoge el momento en que el pueblo es consagrado al Corazón de Jesús, el 16 de junio de 1946. Fijándome un poco he podido identificar a algunas personas. El 1, el señor Guerras, sereno, el 2 el señor Francisco Patitas, el 3, la señora Quica Izquierdo, (madre de Pedro Echatierra), el 4, don Paco Bueno, cura Majo, el 5, don Segundo Delgado, el 6, el señor Cayetano. Échanos una mano, para reconocer al resto.



1.- Gertrudis Pinta 2.- Gertrudis Monsas 3.- Ramona Vinata 4.- Isabel Morenita 5.- Fidela Valeriana 6.- María Niñe 7.- Anita Cajarinas 8.- Crescencia Barrilas 9.- Teresa Gumersinda 10.- Virgilio Capucho 11.- Juan Pucherero 12.- no identificado 13.- Gabriel Jardines 14.- Rafael Colorao 15.- Pedro Comenencias. 16.- Pedro Castor 17.- Don Leo, párroco

HUBO UNA VEZ UN CIRCO



Si no recuerdo mal, fue el año 1961. Se decía que ese circo había pasado por Sevilla y Salamanca. En su camino a Madrid tenían unos días libres y decidieron hacer una sesión en nuestro pueblo. ¿Por qué en Macotera?, hasta Madrid había pueblos más importan-

tes. El caso es que unos días antes aparecieron unos carteles anunciando el Circo Monumental. También hicieron propaganda en los pueblos cercanos: Santiago, Salmoral, Tordillos, Alaraz... Fue algo verdaderamente extraordinario. En los años 60 los dos grandes circos, el Monumental y el Circo Americano, eran los que competían en las grandes ciudades de España.

Aquel día de septiembre, a primera hora de la mañana, aparecieron por la carretera del Cerro una hilera de grandes camiones que fueron aparcando en la era del Sr. Antonio Oreja, en las eras chicas, detrás del Porquero. Hubo quien pensó que era una invasión, o que empezaba otra guerra. Unos camiones traían las piezas para montar el circo. Otros transportaban las grandes jaulas llenas de toda clase de animales. El montaje se convirtió en un espectáculo. Medio pueblo se acercó a ver a empleados y artistas -quizás más de 100 personas- que, como el que monta un gran puzzle o un rompecabezas, iban completando aquel gran graderío cubierto por un inmenso toldo. Fueron tantos, que las tiendas de alimentación agotaron sus productos. La Sra. Anita la Panera se lamentaba de no haber tenido más provisiones para vender. Al final tuvieron que ir a Peñaranda a terminar de abastecerse.

Dentro de aquella inmensa lona alrededor del circo, instalaron las grandes jaulas con las fieras: tigres, panteras, leones, elefantes... ¡Y hasta un gran hipopótamo! Los macoteranos nos quedamos asombrados mirando aquel enorme animal con más de dos toneladas y, que decían que se comía 100 kg de patatas al día. Había quien comentaba: ¡Madre mía! ¿Cuántos huertos familiares se necesitarían para alimentar a este bicho?

Desde primera hora de la tarde, empezó acudir gente a ver las fieras. Fue como una clase de zoología, la mayoría jamás las habíamos visto. Ver las fieras valía cinco pesetas, la entrada normal para la función de la noche costaba quince y las más

caras, veinticinco. El sueldo de un obrero en Macotera no pasaba de las 80 ptas.(medio euro). Aquel día fue un derroche. Algunos niños rompieron sus huchas para poder asistir a aquel gran espectáculo. Hasta muchas madres, que solo salían los domingos a misa "tocá", fueron a ver aquel maravilloso mundo del circo. En primera fila, estaba el Sr. Antonio Oreja y familia, que eran los dueños de la era. Cuando los jefes del circo fueron a su casa a ver cuánto les iba a cobrar por cederles el terreno, él les contestó: ¿la era va a quedar donde está? Pues, con que la dejen limpia ya está bien. Los dueños del circo extrañados, le dijeron: pues díganos cuántas entradas necesitan para la familia. Y así se cerró el trato.

Fue tal el éxito, que los del circo quedaron impresionados. No podían imaginarse como aquel pueblo se había lanzado y había completado todo el aforo. Estaban tan agradecidos, que alargaron la función casi una hora más; prolongando el repertorio y repitiendo números. Había domadores de tigres y leones que, con sus látigos se defendían de los zarpazos de aquellas fieras; elefantes que daban vueltas a la pista llevando a las artistas sentadas en su trompa; grandes acróbatas del trapecio que se cruzaban en el aire de un trampolín a otro; funambulistas que atravesaban el circo a gran altura haciendo equilibrios sobre un alambre tensado; payasos narigudos que provocaban grandes carcajadas a pequeños y mayores. Para terminar, baile de chicas ligeras de ropa que bailaban el "Can Can" levantando las piernas, haciendo que a los jóvenes se nos pusieran los ojos como platos.

No estábamos acostumbrados, y nuestro puritanismo nos creaba cargos de conciencia, lo que, al domingo siguiente, faltó tiempo para ir a confesarnos.

Nos acercábamos al confesionario encogidos de timidez: ¡Ave María Purísima! -Con la respiración entrecortada-. Me acuso, padre, de tener pensamientos impuros. (¡Qué finos!) -Ahí no quedaba la cosa-, el cura hurgaba, ¿Y cuántas veces, hijo mío? Con la cabeza a punto de explotar y la cara más roja que las ascuas del infierno: no sé padre, el circo fue el jueves. Bueno, hijo mío, reza tres rosarios, cinco Padrenuestros y cinco Ave Marías, y no peques más. De rodillas escuchábamos: "Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, amen". Después, liberados de tan execrables pecados, podíamos comulgar y así nos librábamos del fuego eterno. "Allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mateo 8-12).

(Este último párrafo me lo contaba un amigo)

LAS PERSONAS QUE CONOCÍ, Y YA NO ESTÁN

Voy a iniciar estos relatos callejeros por la calle de La Plata, porque fue la primera calle que conocí cuando vine a este mundo. No nació en ella, pero sí en una casa, que hace cara con ella.

Y me cuelo dentro, y la primera casa, con la que me topo, es la de la señora Teresa Ramos, natural de Santiago de la Puebla, casada con Francisco Sánchez, padres de Máxima, Ángel y Ventura, oficial del Ayuntamiento, quien se decidió a construir el salón, que hoy decimos discoteca, en el que actuó la "Niña de la Puebla", la de los "Campanilleros".

Cuando don Agustín, el médico, vino de soltero a Macotera, se hospedó en la casa de la señora Teresa. En la misma vivienda, asentó Vidal *Manolajas* su barbería y hogar, y Luis Aceiterín, su pescadería.

Pared en medio, vivió el señor Jerónimo Salinero, *Pericache*, de profesión herrero. Trabajaba en compañía de su hermano José Manuel en la fragua, que poseían a la entrada de la calle Alameda. Disponían también, en ella, de un potro, donde herraban los bueyes.

Su casa era lindera de la de Ricardo Salinero, confitero. Fue el único Salinero que no siguió el oficio de herrero, de toda la familia. Ricardo estaba casado con Melchora Taramona, padres de Luis, Eufemiano, Francisco y Cándido. En su obrador, se elaboraban todo tipo de dulces y hojaldres, que gozaban de una fama comarcal. Su turrón de piñón hacía la competencia al turrón de almendra de La Alberca. En la última casa de la fila, vivió Eugenio el pintor. Hacía esquina con la calle Mediodía. (antaño del Piojo). Se encargaba de decorar las casas y sus cuadros al óleo, representando paisajes, cacerías, bodegones y pasajes bíblicos, aún se pueden contemplar en las paredes de las viviendas del pueblo y su entorno. Su pincel se explayó también pintando tabloneros y cajas de carros, que se exhibieron en cuantos desfiles organizó el gremio de Artesanos de la capital.

Nos pasamos de acera, y, en el número dos, residía el señor Román Gumersindo y la señora Teresa, su esposa. Era de pro-

fesión lanero y tenía sus paneras en la plaza de la Leña: una junto a Micaela y otra, enfrente, pasado el regato. A sus hijos, Gumersindo, José Antonio, Román y Matías, se les hizo pequeño el negocio de Macotera, y decidieron trasladarlo a Madrid. Abrieron un gran almacén en las calle Pacífico y recogieron lanas por la Mancha, Extremadura y Andalucía, que lavaban en el río Manzanares.

D. Agustín García Talavera, médico, que ya dijimos que estuvo de pupilo en casa de Ventura Sargentillo, una vez, contrajo matrimonio con doña Joaquina González, el 27 de marzo de 1912, en la iglesia de San Juan de Sahagún de Salamanca, pidió a los albañiles le construyesen una casa de planta baja, que terminaba de adquirir, aledaña a la del señor Román Gumersindo. El corral lindaba con el de la casa parroquial. En ella, le nacieron todos sus hijos: Feliciano, Ramón (radiólogo), Pilar, José, Agustín, Maruja, Joaquina...

Y al final de este tramo, y contigua a la de don Agustín, se encontraba la casa de Sebastián Chaga, casado con Paula Nicanora. Trabajaba la lana. Fueron los padres de Antonio, Pedro, Francisco, Sebastián y Fili. Al mayor, siempre le nombrábamos por Antonio Hernández, nunca por Chaga. Cuando Francisco confitero, casado con Bernarda Morenita, se vino de Babilafuente, donde tenía su negocio de dulces, se instaló en esta vivienda, montó su obrador y habilitó una habitación para pastelería, abrió una ventana a la calle, por donde se asomaban los pasteles, roscas, bizcochos y empiñonaos, para dar ansia a los golosos.

Y sin querer, nos hemos adentrado en la plaza. La plaza que hoy llamamos del Moreno. Es una planta cuadrada, con dos rincones en los extremos del fondo. Quedaba enmarcada, a la derecha, por la vivienda de Francisco Sánchez *Bastiano*, casado con Rosalía., de oficio labrador. Padres de Mateo, (sacerdote de Calvarrasa de Arriba, muchos años), Beatriz, Francisco, Bernardina y Cristóbal, que ejerció de maestro nacional en Santa Marta.



hoy llamamos del Moreno. Es una planta cuadrada, con dos rincones en los extremos del fondo. Quedaba enmarcada, a la derecha, por la vivienda de Francisco Sánchez *Bastiano*, casado con Rosalía., de oficio labrador. Padres de Mateo, (sacerdote de Calvarrasa de Arriba, muchos años), Beatriz, Francisco, Bernardina y Cristóbal, que ejerció de maestro nacional en Santa Marta.

En su rincón vecino, se abría paso la casa de Serafín Pérez Calvo, Morroncho, ganadero de ovino, casado con Rosa Bautista, padres de Manuel Pérez *Canica*. Construyó un edificio amplio y bien acondicionado para atender su ganado a la salida del pueblo hacia Tordillos, próximo a la ermita del Cristo, que se conoce como la panera del tío Serafín.

Unas portadas y seguido el otro rincón, al que se abría la trasera del telar del señor Victoriano Madrid, tejedor. Su esposa se llamaba Gertrudis. Eran los padres de Justino, Gertrudis, Ruperto, Benjamín y Rosa. Ruperto se quedó con el salón de Ventura, y allí organizaba todo tipo de espectáculos de diversión: cine, teatro, bailes... Y cerraba la plaza por ese costado el bar del Moreno.

También recibía luz de la plaza la vivienda de don Germán Sánchez Martín, Secretario del Ayuntamiento, hermano del P. Atanasio, capuchino, fraile reconocido en Salamanca por su don de la palabra. Se encontraba ubicada, donde hoy aflora el bar "Aigualuna". Estaba casado con doña Remedios Rodríguez, natural de Tamames. Tuvieron varios hijos: Antonia, Juan José, Carlos, Teresa, Policarpo y Germán, (amigo de escuela).

Avanzamos y dejo a la izquierda la casa de M^a Antonia García Zaballo, la madre de las Carrolas, Guadalupe y Brígida. La del Moreno Pondera y la señora Antonia. Familia numerosa, que recibió el Premio Nacional de la Natividad; la de Ramón Sánchez *Echatierra*, tejedor, y de la señora Quica Izquierdo, padres de Pedro, Alfonso, Presentación y Anita, ambas religiosas; y si me dirijo a la derecha, paso a la vera de la viviendas de Victoriano Madrid, y de Gabriel Madrid Nieto y M^a Teresa, padres de Teresa, Ruperto, María y Gertrudis. Recuerdo que, en su corral, se cerraron los novillos de san Roque en la fiesta de 1971, año, en que se montó la plaza de toros en la plaza de la Leña. Se dio la paradoja de que, a la entrada de la plaza, a la hora del encierro, sufrió una tremenda cogida su nieto Gabriel, hijo de Juan Madrid y de Gertrudis. Y saludo al señor Alfonso Rubio García y a su mujer, Juana, que, en ese instante, se asomaban a la puerta; y entré en casa de Miguel *Panera* a comprar unas truchas para la merienda, y, en casa de Valeriano Aceiterín, por unos cuartillos de aceite, un queso de oveja y un kilo de pimiento de la Vera. Y me detuve en la panera de la esquina y miré por la rendija, y rememoré aquella tarde, en que los franceses esquilmaron las veinte fanegas de cebada y treinta de trigo, que tenía en reserva el Pósito. Miré para atrás y, desde la esquina de la calle Sevilla, di un vistazo a la casa del abuelo Bizcocho,

chalán de renombre, la casa de Juan *Chiquino*, que fue residencia de dos maestras de nuestras escuelas públicas, doña Marcelina Jaén Rosales y doña Josefa Flores Jaén, hermana de mi maestro don Jesús Flores. Una vez libre, fue ocupada por doña Petra, quien puso en funcionamiento una escuela de párvulos en el *sobrao* de la vivienda, a la que tuve ocasión de asistir, hasta que cumplí la edad de seis años. Con doña Petra aprendí las primeras letras.

No podía pasar de largo sin saludar a mi amigo el señor Antonio Trigo, que, cuando volvía al pueblo, tras sus andanzas por esos mundos de negocio, descansaba en la posada de Prim. Y me aconsejaba: "Cuando comas cocido, come primero el tocino, la carne y el chorizo, pues, si algo ha de sobrar, que sean garbanzos". Mientras estaba en estas cosas, el señor Manuel Misiones encerraba el carro tras las portás de la casa. Me senté un rato con Pedro *Norro*, que degustaba un cacho, sentado en el pasil de acceso al portal de la casa, tras una jornada dura en la fábrica de Domínguez.

Enfrente, el señor Valetín Prudencio (Contra) cortaba el pelo a un tal Pepe, a la vez que su hijo Jesús bañaba a un tal Pedro, que había cerrado el ganado. Pasé de largo, pues era de la competencia. Y, al llegar a la ventana del señor Juan Manuel Cosmes, llamé su atención, ensimismada en el patrón de unos pantalones. Me llamó mi amigo Manolo, hijo de Bernardino, que descargaba una partida de huevos, que había recogido por los pueblos del contorno.

Y cuesta abajo, me topé con la casa del señor Remigio el *Cakis*, que después ocupó don Jesús, el cura *Sandín*; y entré en el horno del señor Quico a calentarme los manos y los pies, que los tenía ateridos, pues soplaba el cierzo.

Al salir, me acerqué a charlar un rato con mi amigo Marino, hijo del señor Rufo *esquiliche*. Y no podía dejar de entrar en casa de Juan Antonio y Gregoria Pondera, pues fue un amigo de juventud de mi padre. Y dejé a un lado la casa del señor Fernando García, *Magán*, gran arreador de bueyes, y saludé a su mujer, Jerónima y a su hijo, Manuel. Y me quedé recostado un rato en la fachada del señor Pedro Hernández *Berna*, el padre del señor Isaac, y, desde allí, atisbé las viviendas de la señor Jacinto *Tacones* y la señora Cristina la *Moralas*, la José Antonio, contable de Domínguez y la de mi amigo Monique y Juana. Y, antes de volver a casa por la calle Nueva, saludé con la mano a Juan *Consuegro*, a quien conoce el personal como el cojo *Consuegro*, que estaba a la puerta.

Son personas que conocí y ya no están.

IMAGEN HISTÓRICA

Ya os he comentado en varias ocasiones, que, antes de este edificio-escuela, estuvo asentada una ermita.



De la ermita, ya os he contado muchas cosas. De la escuela, solo guardo mucha añoranza, pues, en ella, eché los cimientos para empezar a ser hombre. Y aquí estoy gracias a ese edificio de planta baja, pero, con una solidez capaz de soportar todas las reformas, que ha sufrido durante un montón de años, hasta ser biblioteca y salón de actos; por lo tanto, tiene su origen y su historia, una historia que arranca en 1851.

Terminaba de arruinarse la ermita. Quedaban las cuatro paredes y el soportal, en el que sesteaban las ovejas durante el verano. Los padres temían lo peor para sus hijos, a quienes les gustaba jugar entre sus escombros. Ante el peligro, el Obispo decidió ceder los terrenos de la ermita de Santa Ana al Ayuntamiento, que buscaba un solar para construir unas escuelas. La imagen de la Santa se trasladó a la iglesia y se levantó, en el tejado del templo parroquial, una espadaña de cal y ladrillo para colocar su campana.

En agosto de 1863, se iniciaron las obras. En principio, el proyecto era edificar dos escuelas: una de niñas y otra, de niños. Para financiar los gastos de la obra, el Ayuntamiento vendió 38 huebras de tierra por 49,438 reales y, a esta cantidad, le sumó un donativo de 10.000 reales, que había concedido don Miguel García Cuesta, Arzobispo de Santiago de Compostela al Ayuntamiento para este menester cultural.

Apenas finalizadas las obras de las dos aulas, se arruinaron por su pésima construcción. Entonces, el Ayuntamiento decidió trasladar a los niños a la panera del Pósito (Plaza Mayor, pared con el Ayuntamiento), para que recibiesen la enseñanza.

En marzo de 1879, protestan los vecinos de la plazuela de Santa Ana por el peligro del edificio arruinado, en el que juegan los niños, y ruegan a la Corporación realice las gestiones pertinentes ante el Gobierno, demandando la ejecución de un nuevo grupo escolar.

En octubre de 1883, el gobernador comunica que el presupuesto de las obras de las escuelas asciende a 80.000 reales, y ordena al Ayuntamiento que compre un trozo de casa para completar el solar indispensable. Adquiere el terreno indicado en 1.641 reales. Y se anuncia la subasta. El proyecto incluía la construcción de dos escuelas de niñas y dos niños.

Una vez edificado el grupo escolar, en la parte posterior, entre las escuelas y las viviendas anejas, quedó un espacio muy estrecho, (un callejón), que se bautizó con el nombre de "Salsipuedes".

El 9 de septiembre 1919, la Corporación acuerda reformar las escuelas, pues sufrían un palpable deterioro. Se puso al habla con don Joaquín Vargas Aguirre, arquitecto, quien visitó el grupo escolar y planificó las modificaciones que había que realizar para enmendar los desperfectos que sufría el edificio.

Ante el aumento de población de la villa, la Inspección de Enseñanza Pública propuso al Ayuntamiento la urgencia de construir un nuevo local para niños. La idea es bien acogida por la autoridad, y así se lo hace ver al arquitecto, quien lo incluye en el proyecto.

La nueva escuela se ha ubicar en el espacio que existía entre las escuelas (de doña Rosalía y don Ataúlfo), que fue reservado, cuando se construyeron las aulas, para levantar las casas de maestros, y que nunca se llegaron a edificar. Este nuevo local, en nuestros tiempos escolares, lo habilitó don Pedro y después don Pepe, el de Mancera.

La reforma consistió en colocar, en las cinco aulas, un pavimento de madera de buena clase; zócalos de madera de un metro y medio de altura, pintados al aceite, dejando libres los huecos de los encerados de cemento. Picar las paredes y lisarlas con lienzos de yeso. Mejorar los dobles y maderas del tejado y hacer un retejo general, pegando con cal y cañizo los caballetes, los boca-canales y la teja cobertera cada seis canales. Hacer los tres huecos de ventanas y puerta en el nuevo local, y arreglar y colocar las piedras pasiles de las dos entradas generales.

21 de septiembre 1919, se personaron en el Ayuntamiento los artistas de esta villa: Juan Martín Cosmes, José Sánchez Campos, Cristóbal Jiménez Bautista, Pablo Joaquín Martín Cosmes, Juan Francisco Sánchez Sánchez y Eustaquio Bautista Blázquez, manifestando que deseaban contratar las obras de reforma de los locales - escuelas en la forma acordada en la sesión extraordinaria, celebrada el día 9 de septiembre de 1919, en la cantidad total de 11.856 pesetas. Se iniciaron los trabajos el día 1 de octubre y finalizaron el 27 de febrero de 1920. El 7 de marzo, se realizó su recepción por el arquitecto, Joaquín Vargas Aguirre.

Escuelas, por las que hemos pasado varias generaciones de niñas y niños. Unas escuelas amplias, soleadas, firmes, con un basamento de piedra de pajarilla y muros de doble asta de ladrillo, con una techumbre sólida de madera de pino, que apoya sobre los muros y unas columnas de hierro circulares. Cada una ocupaba una superficie de 99 metros cuadrados, con una capacidad para acoger a 125 niños.

El perro del hortelano ni come las berzas ni las deja comer.

Cada día, me levanto con un antojo. Esta mañana, me he echado a la mano un libro de fábulas, en concreto el de Esopo, un esclavo, que tal vez nació en Frigia (Turquía) y que vivió entre los siglos VII y VI antes de Cristo. Tú no llegaste a conocerlo, pero sí conoces sus fabulas, esas pequeñas historias, en las que los personajes suelen ser animales y que terminan en una moraleja. “La cigarra y la hormiga, El lobo y el cordero, La tortuga y la liebre, El cuervo y el zorro, El zorro y las uvas... son obrillas de nuestro autor.

Aunque todas nos enseñan lecciones interesantes para nuestra vida, he preferido, por los ambientes que respiramos hoy en todos los ámbitos, quedarme con una: “El perro del hortelano”. Nos dice así:

“Había una vez un hortelano que tenía un enorme y robusto Perro, como guardián de sus cultivos. Este Perro era tan bravo y valiente, que ningún ladrón se atrevía a subir la cerca de los sembríos de su dueño para robarlos.

Su amo orgulloso de tener tan bravo animal, cuidaba de la mejor manera a su Perro, alimentándolo de la mejor manera posible y el Perro, como agradecimiento, redoblaba el cuidado de los campos.

Al terminar un día duro trabajo en el campo, el Buey del establo quiso probar un poco de la alfalfa que su amo le guardaba; pero el Perro se puso tan furioso y, enseñándole los dientes, trató de ahuyentarlo, para que no comiera la alfalfa de su amo.

El Buey indignado de la conducta del Perro, le reprochó por su equivocado comportamiento y le dijo:

- Eres perro tonto y egoísta. Ni comes ni dejas comer. El amo ordena a cada cual lo que le corresponde y la alfalfa es mi alimento. No veo que tengas razón alguna para entrometerte en negocio ajeno”.

Moraleja de la fábula “El perro del hortelano”:

Existen muchas personas que, por envidia o ambición, no dejan que otras personas progresen o consigan hacer realidad sus sueños. Estas personas no han destacado nunca y son limitadas en sus acciones, lo único que quieren es que no tengan lo que ellos no tienen.

Lope de Vega escribió también una comedia con el mismo título en 1618. En ella, Diana es la condesa de Belflor y, como tal, no puede amar a Teodoro, su secretario, pero tampoco lo deja amar o ser amado por nadie. Aunque esta comedia tiene un final feliz, es la que populariza la expresión que hace referencia a los sujetos que no disfrutan de algo, porque no quieren o no pueden, pero que, además, impiden que otros lo hagan; quizás por temor, envidia u otra causa.

Es el momento de pensar que, desde que el mundo es mundo, el hombre no ha cambiado nada en lo interno: sigue embelesado con el ladrido del perro del hortelano.



AMOR Y VENGANZA

Tendría entonces unos sesenta años, le llamaban “Coones”, tuvo una tartamudez y le dio por comerse las jotas. Como era tan prepotente y orgulloso, repetía y repetía: “esto lo hago yo por coones...” Desde muy joven se afilió a la Falange española de José Antonio, porque era un gran admirador del italiano Benito Mussolini. Era tal su admiración, que presumía de haber hecho un viaje exprofeso a Italia para conocerle personalmente. Le imitaba en todo, en todo lo posible: en la forma de hacer el saludo fascista y en agravar el vozarrón cuando se dirigía a un grupo de personas. También era grande y destartado de huesos pero de apariencia fuerte. Un vecino, delgado y bajito, su mayor contrincante, cuando hablaban y discutían sobre política, decía de él que pesaba como un marrano (once arrobas y media) en época de matanzas y que su cabeza era tan grande, que no le quedaba otra que ser generoso con el peluquero.

Tenía toda la indumentaria que pudiera tener el mejor falangista: gorra y camisa azul, correa con cartucheras, funda para la pistola (que guardaba sigilosamente en un hueco hecho en la pared de su dormitorio detrás de una mesilla), pantalón verde claro y botas de caña alta... A veces se ponía el atuendo y daba unas vueltas por el pueblo, desafiando su poca vergüenza y escasa timidez. Acajó todos los cargos importantes donde pudiera sacar provecho, como Alcalde, Presidente de la Caja de Ahorros, de la Cooperativa Agraria y hasta Juez de Paz.

Se casó muy joven con la mujer que conocía de cuando eran niños. Siempre tuvo fama de no ser hombre de una sola mujer. Al ser ella de familia acomodada, la unión de las dos fortunas hizo que la pareja fuera de las más ricas del pueblo. Enviudó pronto, a los cinco años de casado. Durante todo este tiempo, su mujer, de apariencia enfermiza, estuvo sometida a un maltrato constante y humillante, recluida en la penumbra lóbrega del casón familiar. Le prohibió salir a la calle y relacionarse con personas no conocidas, se la veía muy de tarde en tarde, algunos domingos en misa o en algunos oficios religiosos. Era tan educada y temerosa, que hasta le pidió a su marido poder “irse” y un viernes Santo, durante el Sermón de las Siete Palabras, se suicidó.

Dejó una desconsolada niña bajo la tutela del energúmeno padre, que no tardaría en aplicar la misma actitud que con su esposa. Pasados los años, aquella niña, hecha una mujer, no había tenido relación con ningún hombre. Cualquiera pretendiente tendría que pasar por el tamiz imperante del padre. A ningún joven del pueblo se le ocurriría asomarse a ese precipicio ni por todo el dinero del mundo. Los años iban pasando y no veía la posibilidad de conocer a algún hombre. En su entorno, ya la consideraban moza

vieja o aquello de quedar para vestir santos.

Una mañana apareció en la plaza mayor un coche utilitario de tercera mano. Se bajó de él un joven apuesto y, dirigiéndose a un bar, preguntó al camarero por un nombre y dos apellidos. El camarero y un cliente que escuchaba querían averiguar de qué persona se trataba. El camarero dijo: ¡Ah, sí! es “Coones”. Salieron a la plaza y el camarero, amablemente, le indicó la dirección, repitiéndole hasta la saciedad que no tenía pérdida.

Tuvo que llamar varias veces con la aldaba, hasta que se oyó al fondo un vozarrón: ¡Voy! ¡Voy!

El joven se presentó omitiendo su verdadero nombre y el de su pueblo, Explicando que la razón de su presencia no era otra que pedir trabajo. El “mussolini” le dijo que necesitaba una persona seria, formal y competente para llevar la contabilidad de toda la hacienda, menos las labores del campo porque estas ya las tenía arrendadas. El muchacho le aseguró que estaba preparado para ese cometido, pues había estudiado contabilidad en una academia de la ciudad. El “mussolini” no le quitaba ojo, observaba todos sus movimientos: cara, manos, pies... Le parecía una persona, en general, convincente; pero tenía cierta actitud que no lograba desentrañar, lo que le provocaba perplejidad. Después de mostrarle todas las imposiciones caprichosas, pronto llegaron a un acuerdo en lo económico. Llamó a su hija y esta no daba crédito al ver a un joven tan apuesto en su misma casa. El padre hizo la presentación de rigor y, con una actitud imperante, ordenó a su hija que enseñara la casa y habilitara una habitación al nuevo inquilino. No pasó mucho tiempo y ambas partes estaban encantados. Reinaba la paz y el entendimiento, estando de acuerdo en casi todo. El padre empezó a pensar que aquel hombre podía solucionar los males amorosos de su querida hija, pues esta empezaba a notar un afecto hacia él que la producía, en el interior de su cuerpo, un desasosiego nunca antes sentido.

Una vez a la semana, el “mussolini” acicalaba el uniforme de falange encima de su cuerpo y, pistola en ristre, desfilaba a primera hora de la mañana por el bajo techado de su corral; luego apoyaba unos muñecos de cartón contra la pared y ensayaba unos cuantos tiros y, a eso, lo llamaba matar comunistas. El joven fijamente seguía todos sus pasos para localizar el lugar donde guardaba la pistola.

El “mussolini”, deseoso de ver casada a su hija, fue corriendo la voz por todo el pueblo. El cura, una prima y alguna vecina no lo veían con buenos ojos. Decían que aquel muchacho tenía poca edad para su hija y que solo podría venir por su dinero.

La boda fue un gran acontecimiento, medio pueblo estaba invitado, porque los novios no tenían familiares. La novia se casó de blanco con una cola larga que llevaban las hijas de una vecina. Él vestía un traje azul marino con unos llamativos zapatos de charol negro. El banquete lo sirvió uno de los mejores restaurantes de la capital, a base de mariscos, carnes y pescados; destacando un vino que el padre tenía guardado en su bodega de una de las mejores añadas de la comarca del Duero.

Según entraba la noche, la bebida iba surtiendo efecto en los invitados, los cuerpos derrumbados ocupaban las sillas, los sofás y, en muchos casos, el suelo. Las corbatas aflojadas, las camisas sin chaquetas y los calcetines sin zapatos.

El novio estuvo todo el día muy serio; le invadía una gran tristeza que preocupaba a la novia. La fiesta se alargó hasta el amanecer. Los novios y el padre se fueron a casa en el coche de la boda. Los efluvios del alcohol hacían mella en los rostros del padre y de la hija. Llegaron al casón y el conductor del coche ayudó al recién casado a dejar caer en la cama al de las once arrobas y media más lo comido y lo bebido. A la novia, el novio la envolvió en el vestido que había dejado de ser blanco y, mientras balbuceaba palabras inconexas la descalzó y vestida la metió en la cama. Luego fue a la habitación donde roncaba "Coones" y cogió la pistola. En la calle, los que quedaban de la boda, voceaban canciones y no oyeron nada. Aquel joven, cogió su maleta, parte del dinero del espigo y su viejo coche, cerró la puerta de la calle y se ausentó. Dejó una nota sobre el cuerpo muerto de su suegro que decía: "Gracias esposa porque he conseguido tu amor y he vengado la muerte de mi padre".

Jerónimo Salinero

DEÍFICO CORAZÓN

El otro día, me llegó una foto, que actualiza el momento en que Macotera es consagrada al Corazón de Jesús ante la puerta del Ayuntamiento, el 16 de junio de 1946. Y el acto me removió la memoria y me retrotrajo a aquel día de 1895, en el que se consagró, por primera vez, la villa al Corazón de Jesús, y se adquirió la imagen, que aún hoy preside la hornacina central de su retablo.

La crónica del instante lo cuenta así "la Información" del 28 de junio de 1895.

"Según palabras del don Joaquín Cruz, párroco de Macotera, el origen de la devoción al Sagrado Corazón en esta parroquia, data del año 1885, en que el cólera morbo diezmo a los habitantes de este pueblo, y fue, en 1895, cuando se implantó, en

Macotera, el Apostolado de la Oración, fundado, en 1844, por el padre jesuita francés, don Francisco Gautrelet, cuyo rasgo característico, es la práctica y propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, especialmente, a través de la adoración reparadora y la misa y comunión en los primeros viernes de mes, y propagó también la "consagración de las familias" al Deífico Corazón de Jesús.



La primera medida, que tomó el Apostolado, fue comprar una imagen del Deífico Corazón de Jesús. Con motivo de la inauguración de la nueva imagen, tuvo lugar la celebración de un triduo los días, 21, 22 y 23 de junio de 1895. Durante estos tres días, a las siete de la tarde, se expuso Su Divina Majestad, se rezó el rosario y los oradores asignados ocuparon la

sagrada cátedra, exhortando al numeroso público a prepararse, por medio del sacramento de la penitencia, para que el Sagrado Corazón, al tomar posesión del pueblo, lo hiciera antes por la gracia en el corazón de todos los habitantes; terminaba, cada acto triduo, con la bendición del Santísimo, y el cántico del "Corazón Santo", que repetía el pueblo.

A las diez de la mañana del día 23, realizada la bendición de la imagen por el señor cura párroco, fue trasladada en hombros de las autoridades, desde la casa rectoral hasta parroquial, donde aguardaban los demás sacerdotes, e, inmediatamente, dio principio la misa solemne, que celebró el señor cura párroco, asistido de los señores ecónomos de Alaraz y capellán del hospital de Santiago; se cantó, acompañado del órgano, la preciosa misa de *Bordone*, en la que lució su hermosa voz de tenor, don Bernardino Madrid, bajo la acertada dirección del inteligente organista de la parroquia, don Manuel Domínguez. El sermón estuvo a cargo del señor cura de Malpartida, don Ángel García.

A las seis de la tarde, rezado el santo rosario, y cantadas solemnes completas, dio la bendición con el Santísimo el párroco de Tordillos, asistidos por otros dos sacerdotes, e, inmediatamente, subió al púlpito el anciano y venerable párroco, don Joaquín Cruz, el cual, completamente, emocionado a la vista del espectáculo de este día, dio las gracias a todos los que habían contribuido al esplendor de estos cultos".

AUNQUE SOY UN EMIGRANTE...

Corría el mes de abril del año 1961, cuando la canción del inolvidable Juanito Valderrama corría, como un orfeón donostiarra, por las calles de Macotera de la voz de un grupo de trabajadores macoteranos, que marchaba a cortar pinos a los Alpes franceses. Así nos lo cuenta Juan Machaca “En fuimos a medir distancias”

En la expedición primera,
sanos fuertes y bizarros,
salimos cuarenta charros
del pueblo de Macotera.
Aquí no hay nada que hacer,
y siguiendo a los primeros,
con aire de aventureros,
unos y otros nos fuimos
ande Dios nos dio a entender.
Cataluña, Vascongadas,
ambas zonas recibieron
a la gentes emigradas,
a Madrid y al extranjero
llegaban como manadas
expediciones de obreros...

En este año 2021, se cumple el sesenta aniversario de la partida del grupo de valientes trabajadores macoteranos a los Alpes, y nos abrieron los caminos para salir de nuestra querida Macotera. Rondan por mi mente muchos recuerdos y anécdotas, que, con el recuerdo de los que ya no están con nosotros, os voy a relatar:

Corría un 7 de Septiembre del año 2011, cuando el Ayuntamiento de nuestro pueblo tuvo a bien entregarnos la encina de oro a la emigración macoterana, que lleva, en nuestro nombre, prendida en su manto Nuestra Patrona la Virgen de la Encina; pues bien, recuerdo, con gran cariño y elusión, su entrega en el teatro, tan castizo, de Santa Ana lleno de gente hasta la bandera, y los aplausos más cariñosos para los que nos representaron, entre los que se encontraban algunos de la expedición primera. Asimismo, estuvieron presentes, aquellos paisanos, que marcharon a América, y cuya memoria nos trae Jero Cuesta en su escrito en el boletín anterior. Las lágrimas y las emociones que vivimos aquel día, han quedado en nuestro corazón para siempre.

No fue menos emocionante el acto de la imposición de la Encina de Oro de los emigrantes a la Virgen de la Encina, el 9 de septiembre, en la Eucaristía, que ofició don Rafael... día después de a el día después 8 de Septiembre la entrega de la encina de oro a Nuestra Patrona la Virgen de la Encina, en la Eucaristía que ofició el Párroco D. Rafael Pascual, en su homilía un panegírico a toda la familia migratoria de Macotera. Al final, dos mu-

jes macoteranas de Oñate prendieron la Encina de Oro en el manto de la Virgen. Este que os escribe le recitó el siguiente poema:

.
Virgen de la Encina
Patrona de Macotera,
hoy estamos muy contentos
por estar juntos a tu vera.

*

Saliste de peregrina
como tantos macoteranos,
postrándote en una encina
con el rosario en tus manos.

*

El el hueco de esa encina
fue la Paloma anidar,
en Macotera tiene su nido
de la encina al Altar.

*

El toque de tu campana
Invita a la Oración,
Y tus ojos el recuerdo
que llevo en mi corazón.

*

Es la Virgen de la Encina
Con su carite de niña,
Patrona de Macotera
Nuestra muy querida niña,

*

Sus ojos son dos luceros
en medio de un jardín de flores,
no permitas que perdamos
“la fe de nuestros mayores.

Un saludo para toda esa buena gente de mi pueblo.

Antonio Sánchez “el corto”



EL ANTRUEJO SE RESISTE

Casi todo el mundo, al antruejo, lo conoce por carnaval. Los salmantinos, antiguamente, preferíamos decir antruejo, e incluso, en algunas aldeas rayanas con la frontera portuguesa, solían nombrarlo "antruydo", pero ambas voces tienen un origen común y latino. Su raíz evidencia el inicio de muchas manifestaciones creativas y culturales; la propia misa comienza por el "antruydo" "antruejo".

-¿Qué dices, muchacho?

-No exagero. La palabra antruejo (antruydo) viene de la voz latina "introitus", introito, el introito de la misa y también la entrada de la Cuaresma. Hemos dignificado el término, y nuestros antepasados eran tan listos, que supieron sacar el jugo conceptual a la lengua madre (latín) en su proceso de deformación, hasta convertirlo en la lengua románica que hablamos.

La palabra antruejo fue tan importante, que se incluyó en los Estatutos de la Universidad de Salamanca, porque los días de antruejo estaban señalados en el calendario escolar, como días de vacar: no había clase, sobre todo, el martes de antruejo; y la expresión "martes de antruejo" se convirtió en proverbial, como sinónimo de día de jolgorio, de banqueteo y de francachela.

Y la sociedad moderna prefiere utilizar el término carnaval para nominar los tres días anteriores al miércoles de ceniza. Carnaval es una palabra italiana (carnevale), que, a su vez, también tiene procedencia latina "carnem levare", quitar la carne, aviso de que, durante la Cuaresma, no se permitía comer carne.

Pasando al campo de lo jocoso. El carnaval tiene mucho de teatral, nos alarga hasta los tiempos en que se celebraban las fiestas en honor de Baco, dios del vino; en una de ellas, un individuo, llamado Tespis, apareció con su coro de hombres disfrazados de machos cabríos, cantó poemas satíricos y representó alguna farsa rudimentaria con cierta chispa socarrona.

Y leyendo este trozo mitológico, me llevó a la conclusión de que nuestro carnaval no es más que una prolongación de las fiestas griegas en honor del dios del Baco: hay máscaras, chirigotas y retazos de farsa. Y, como antaño buscamos un pretexto para reír y para satirizar aquellos que nos gusta y también nos disgusta.

Y viene bien que demos un repaso al cancionero carnalero de antaño:

Inauguración de la fuente del Carril:

*Ya la cambiaron de sitio
a la fuente del Carril,
¡cuánto trabajo ha costado,
y lo que dio que decir...!*

La inundación de los huertos familiares:

*"Todos pedimos un huerto,
para poder comer pan..."*

El impago de la paja:

La máquina ciento dos...

La canción de moda:

La "Marchina" es un baile de moza...

La apertura de una pastelería:

*La pastelería de Luis
es moderna y elegante,
elabora unos pasteles
superiores y flamantes.*

Al barrio de Santa Ana:

*Barrio de san Joaquín y Santa Ana,
barrio de una copla inmortal,
barrio de un poeta y un maestro,
barrio de una escuela y un hospital.*

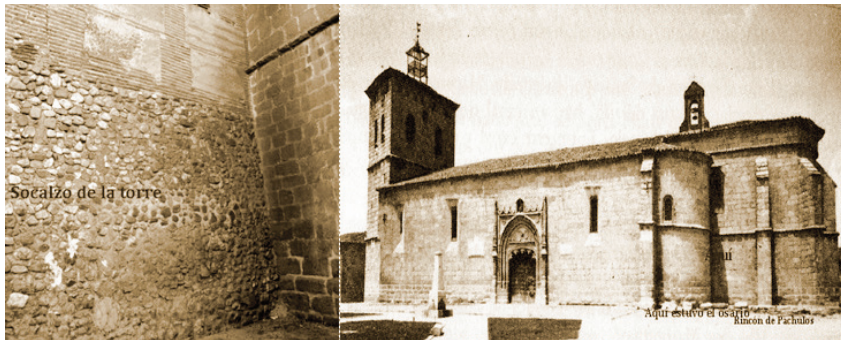
Todo este folklore, típicamente macoterano, caminaba armonizado con almireces, bandurrias y botellas. El ambiente era tremendo y festivo. Eran días en que el personal disfrutaba de lo lino, y, a la vez, era un referente que paralizaba la faena doméstica con el grito de la vecina: "¡Chica, sal...!"

La Cuaresma nos limitaba el entretenimiento, y la abstinencia se imponía en todas las cosas. No había más distracción que dar vueltas por la era y pasear por la carretera hasta la hora de cenar; se cenaba corriendo, pues había que asistir a la plática y al sermón dominguero. La media luz de las velas y el miedo al infierno te sobrecogían el alma. Bajo los soportales, los jóvenes esperábamos la salida de las mozas, que se retraían, con disimulo, de la compañía de la madre, que las reprendía con un "refunfuñeo" piadoso; pero ellas lo lidiaban con un simulado descaro.

Y todas estas cosas las llevo estampadas en mi memoria.



LA PLAZA NOS CUENTA SUS COSAS



Estaba yo, la otra tarde, recostado en la barandilla del balcón del bar "Garden", mientras la gente, a cuenta gotas, deambulaba por la plaza, de allá para acá, por un motivo, por su motivo. La fuente estaba muda, sin agua y aburrida. Desde lo alto, le di un barrido en perspectiva, y me entretuve en evocar su historia. Me imaginé su cementerio ante la iglesia, y a los muchachos, jugando a la pelota en las paredes de sus costados. Me bajé a tierra y escuché como, al cobijo de su tejadillo o tená, los macoteranos decidían ponerse en pleito con los de Santiago de la Puebla por asuntos de tierras y pastos.

Desvié la mirada hacia los estribos, y, en el de la piedra grande, se sentaba la silueta de un hombre, que esperaba el toque de la tercera "esquilá" para entrar en misa.

Enfrente del Hospital (Ayuntamiento), los estribos escoltaban dos rincones. En el más profundo, se alzaba el osario, donde se depositaban los huesos de los difuntos, que se retiraban, cuando se abría una tumba en la iglesia para un nuevo enterramiento. Hoy se utiliza el sitio para situar el belén viviente el día de Reyes. En el otro aposento, se colocaban los Pachulos, para amenizar el baile de la plaza los domingos. Hoy ambos están vacíos.

Entonces, no había árboles en la plaza, ni fuentes y bastante menos gente; pero la plaza, con su iglesia, siempre fue el centro de la vida del pueblo, el *ágora*, donde se reúne el personal para deliberar sobre todo: sobre el amor, sobre la cosecha, sobre los años negros de escasez, sobre los pormenores de la vida y de las pequeñas cosas... De todo fue testigo la plaza; la plaza es como un legajo, en el que se estampa toda la historia del pueblo.

Y esta plaza nuestra, que guarda tanta convivencia y sosiego, fue ocupada por los franceses durante tres años; y no vinieron a traernos paz y bienestar, sino mucha incertidumbre e inquietud.

No dieron con la llave de la iglesia, donde pensaban instalar su cuartel general, y, a cambio, arrancaron la reja de la ventana de la sacristía, se colaron por ella y abrieron las puertas. Y se asentaron en su recinto. Hacían la guardia desde los tejados de la

torre y mantenían las puertas abiertas de par en par. El párroco tuvo que poner un guarda para controlar lo que entraba y salía en ella. Esta persona cobraba su jornal, que, en 1809, era de "Trescientos ochenta y dos reales".

El destroz, que dejaron en los tejados, fue enorme. Cuentan los anales: "Se emplearon 678 reales en el retejo ejecutado en los tejados de la torre y de la iglesia, incluso del osario, que quedó

enteramente desarmada toda su techumbre".

Los franceses abrieron un foso alrededor de la iglesia, para no ser sorprendidos por el enemigo. La torre estuvo a punto de venirse abajo, y hubo que reforzarla debidamente con un socalzo de piedra y cal, como puntal de la torre

Una vez, marcharon los franceses, se cegó el foso y se empedró para evitar la filtración de las aguas de lluvia en sus cimientos. También hubo que reparar las vidrieras de las tribunas, "que se desbarataron a causa de los tiros del cañón de los franceses.

Y no quedó así todo. Don Pedro Maestre, cura párroco, el 20 de noviembre de 1812, dio sepultura eclesiástica al cadáver de José Hernández, natural y vecino de este lugar, quien no recibió sacramento alguno, por haberlo traído muerto al pueblo de una bala de fusil en la cara, que apenas era reconocido. Había cumplido los 44 años de edad.

El día 10 de noviembre de 1812, Alonso Bueno Sánchez falleció a los 69 años de resultas de los golpes que le dieron los franceses. El 22 de diciembre de 1812, Juan González Villafáñez falleció, a los 56 años, de calenturas y sofocación que padeció por persecución de los gabachos..

Hoy, la plaza es más engolada y coqueta; quizás, menos imprescindible, porque ya no acoge el baile dominguero y festivo; ni las capeas de toros el día de la fiesta, ni los puestos de chucherías, ni el churrero a la sombra de la torre, ni las barcas balanceándose al viento, ni los muelos de melones debajo de los soportales de las *Carrolas*; ni el popular remate del espigadero y los pregones y bandos del alguacil desde el pedestal de la Cruz, a la salida de misa mayor; ni el juego de los niños a los cartones y loterías debajo de los soportales del abuelo Constante; ni la espera a la moza tras los oficios religiosos, ni a los amigos para armarla a la puerta del café; ni la llegada del amo en busca de jornaleros para escardar las lentejas o excavar el majuelo; ni se ven la mujeres camufladas bajo el pañuelo a la cabeza y el mantón de color de luto... Hoy tiene más desahogo la plaza; en cambio, sigue siendo el mismo lugar de cita, de encuentro y de ocio.

CUARENTA AÑOS DEL 23 DE FEBRERO

Hoy 23 de febrero y viendo las noticias, mi marido y yo empezamos a comentar nuestra historia de ese célebre día 23 de febrero de hace 40 años.

Siempre que podemos nos ha gustado ver Madrid, disfrutar y conocer la inmensa ciudad que es, y que, como todas las ciudades, tiene su encanto, rincones, lugares y anécdotas, que, a todos, nos gusta ver y escuchar. Madrid es una ciudad donde lo bueno y lo malo, lo guapo y lo feo existen con diferencia. Siempre nos ha divertido caminar y ver. Tenemos nuestros lugares preferidos, nos encanta pasear por el Paseo del Prado con su fuente de Neptuno (y hago mención de esta fuente por lo que significó para nosotros ese 23 de febrero). Nunca nos poníamos metas para caminar, pero siempre empezábamos por el Paseo del Prado seguíamos por la famosa Cibeles, Paseo de La Castellana, con edificios y lugares con mucha historia. Y en ese recorrido hacía la Plaza de Colón, se encuentra o se encontraba, “ahora no lo sé”, el famoso y célebre “CAFÉ GIJÓN”, Café de reunión de escritores, gente del mundo de espectáculo,



personas que suele ser, o parecen ser de otro estatus social; así lo veíamos hace más de cuarenta años, siempre lleno y donde las charlas y comentarios entre ellos merecía la pena ver y escuchar; no se molestaban si les ponía atención, al contrario, las opiniones les agradaban. Más de una vez, les vimos echar su partida de cartas, y, como todos los jugadores suelen hacer, celebraban sus pérdidas o ganancias con risas y la voz elevada, con las frases de que si ganas tú, que si pierdo yo. Todo era normal, a nosotros nos extrañaba siempre, porque pensábamos o creíamos, que esas personas eran especiales, y que no solían hacer las cosas como el resto de los mortales. Pensamientos equivocados. Eran amables.

Ese día 23 por el Paseo del Prado, La Carrera de San Jerónimo y pasando por el Congreso de los Diputados, “lugar de todos”, todo funcionaba normal, incluso nuestro cita con los amigos cerca del Congreso. Los rumores que se escuchaban para nada nos preocupaban. Era nuestro sitio; pero, a medida que pasaban las horas, El Paseo del Prado se iba llenando de gente; a medida que nos íbamos acercando a la fuente de Neptuno, nos percatábamos de los rumores que circulaban a nuestro entorno,

y como las personas mayores, con mucho miedo, en las puertas de sus casas comentaban “¡Dios mío, otra vez, la Guerra!”.

Ya no eran rumores, nos sorprendía la cantidad de personas que había: fotógrafos con sus cámaras, policías a caballo, la división de los grupos. La incertidumbre. La curiosidad. La preocupación de la gente. La sorpresa nos invitó a preguntar qué pasaba. La gente, que nos rodeaba, intentaba mostrar tranquilidad, pero no queríamos regresar a casa con la inquietud y nos quedamos. Pronto se fue despejando la duda.

Las palabras que se estaban utilizando, y los canticos que se escuchaban a ambos lados de la fuente, empezaron a no tener el mismo compás. Lo pudimos comprobar en muy poquito tiempo: “algo muy serio estaba pasando en el Congreso”.

La gente empezó a correr despavorida, como nosotros, que no corríamos, volábamos, buscando calles vacías y que el caminar fuera, aparentemente, más tranquilo. La noche, como la de todos los españoles, fue noche de incertidumbre. Noche del 23 de febrero.

El día 24, un decidido, después de ver y escuchar las

noticias, decidí ir a comprar una barra de pan. Más de dos horas tardó en llegar la barra. El comentario, al ver mi enfado, fue: ¡Calla!, ¡calla!: las barras de pan las está sacando la Guardia civil, saltando por las ventanas del Congreso.

De esto nos reímos ahora. Pero han pasado 40 años del 23 de febrero.

Amalia Madrid.

Defunciones

Alejandra Briones Rubio, *Albardera*.

Ludi Martínez Cosmes, *Andaja*.

Imelda Hernández Blázquez, *Pernetas*.

Juanita Gutiérrez Hernández, *hija de Germán*.

Casimira García Martín, *esposa de Juan Manuel Servando*.

Filiberto Jiménez Palacios, *Barriles*.

M^a Antonia García Zaballos, *Violeta*.

M^a Francisca Bueno Losada, *esposa de Juan Manuel Bonilla*.

Cándida Zaballos García, *Vinata*.

Jesús Zaballos Blázquez, *Malito*.

M^a Antonia Madrid Nieto, *esposa de Gabriel Ruano*.

LA TORRECILLA DE HIERRO, SOBRE EL TEJADO DE LA IGLESIA

Cuando, por la mañana, me siento al ordenador, no me resisto a mirar por la ventana. Y esta inclinación me ayuda a entender mi estado de ánimo. Si el sol tierno y sonriente se posa en la fachada de la casa de enfrente: coincide con mi ánimo optimista y soñador; en cambio, si el día me trasmite una sombra gris y pesada: converge con mi aliento personal, pesimista y abatido. Lo que explica que el tiempo tiene mucho que decir a los estados de ánimo de las personas.

Esta mañana he amanecido triste. No sé si será porque empiezo a sentir que mis recuerdos empiezan a arrugarse en mi memoria, o por las noticias que me llegan de las tropelías que está cometiendo el bicho o por las contrariedades que nos depara la vida. El caso es que he amanecido envuelto en la melancolía.

Para poder respirar un aire frío que me consuele, he decidido volar hasta Macotera. En la plaza, no me he encontrado con nadie y he decidido hacer compañía a su soledad y a su silencio. Para descansar, me he sentado en el alféizar de la ventana del café. Tiene la persiana cerrada a cal y canto, y, por lo visto, debe de estar "atrancao". Y

miré a la torre. Seguro que vosotros ignoráis desde cuando está ese reloj bajo la sombra del alero del tejado. Fue el Ayuntamiento quien, el 15 de septiembre de 1889, decidió adquirir y colocar un reloj en la torre de la iglesia: "porque el reloj que, hoy en día, existe, se encuentra en malas condiciones, pues, apenas, hay un día que señale las horas con fijeza". El alcalde y el síndico se ponen al habla con don Antonio Canseco, vecino de Madrid, y se ponen de acuerdo.

El 1 de noviembre de 1889, se persona en Macotera Gabriel, el

hijo del relojero, con el objeto de preparar las obras necesarias. El 22 de noviembre de 1889, se instruye una diligencia, que hace constar que dicho reloj es propiedad del vecindario por haberse costearse con sus fondos, la que firma el cura párroco reconociéndolo así. Por lo que doy fe de que, hace unos meses, el reloj cumplió los 131 años.

Como observáis en la foto, la torre era almenada. Hoy contemplamos que, sobre el tejado, se alza una torrecilla de hierro con su veleta. Está ahí, inhiesta, desde 1788. Se montó con el objeto de servir de aposento a la campana del reloj. Se abonaron al herrero 669 reales. Además hubo que fundir la campana y se

emplearon en hierro otros 100 reales; el carretero, por fijar la cabeza de la campana, las clavijas, las coyundas y la cadena, recibió 82 reales. Y otra cantidad se dató entre dos fanegas de cal, mil veinticinco ladrillos, diez jornales de los maestros y otros tantos de dos peones, tres jornales por traer arena, y un convite para todos. (Con los ladrillos se cegaron los espacios entre almenas y se construyó la cornisa del alero).

Siladeamos la vista a la derecha, nos tropezamos con

una espadaña de ladrillo y cal, se construyó en 1866 para colocar la campana de la ermita de Santa Ana.

El Obispo cedió al Ayuntamiento los terrenos de la ermita, completamente arruinada, sin puertas e inservible para el culto, para que construyese unas escuelas. La imagen de Santa Ana y su campana se trasladaron a la iglesia.

Santa Ana es una talla amplia, de estilo renacentista, de edad madura, sentada y cubierta con una clásica túnica y toca, rostro bondadoso y mirada ausente. Sostiene un libro con la mano derecha, y la otra, apoyada en el pecho. En su peana, figura impresa la Cruz de Malta.

Su campana nos es muy familiar, pues nos convoca con su toque a los oficios divinos. Su volteo se accionaba por medio de una cadena y una cuerda, que se colaba por el extremo derecho de la bóveda del presbiterio.



D.
C/ n° Piso
Localidad C.P.
Provincia